



CAPÍTULO VIII.

EL RAPTO Y LA CRECIENTE CURIOSIDAD DE LOS COMPADRES.

A eso de las doce de la noche, llegaron á la calle los dos ginetes misteriosos, y apenas se sintieron los pasos de los caballos, se abrió la ventana y apareció Salomé.

—Esta noche, dijo Gómez acercándose, es la última que espero tu resolución, y supongo que no la retardarás por más tiempo.

—¿Pero acaso no nos estamos viendo todas las noches?

—Esto no me basta; yo necesito vivir á tu lado y verte constantemente; necesito verte á la luz del día y sin esconderme; además, esta situación no puede prolongarse por más tiempo; pues si hasta ahora han podido pasar desapercibidas nuestras entrevistas, alguna vez llegarán á notarlas y entonces será muy difícil, tal vez imposible, tomar una resolución.

—Debes á tu vez tener presente, contestó Salomé, que el sacrificio que me exiges es de tal manera grave, que una vez consumado no caben reparación ni remedio.

—¡Reparación! rugió Gómez incomodándose; ¿para qué necesitamos reparación? ¿ó serías capaz de exigirme que le pida perdón á tu marido?

Estas palabras fueron pronunciadas con un acento de ira tan concentrado que Salomé tembló.

El terror había tenido una parte tan activa en la conducta de Salomé, que ella misma no había podido averiguar hasta entonces, si temía á Gómez más de lo que lo amaba.

Desde los primeros momentos, Gómez ejerció sobre ella un ascendiente irresistible, se sintió impotente para luchar, y en el sopor de los primeros momentos, Salomé encontró más fácil sacrificar su dignidad, que arrostrar con la ira de Gómez.

Salomé no lo conocía, ignoraba completamente los antecedentes y la conducta de Gómez, y ella misma no podía explicarse el temor instintivo que la inspiraba, pues se sentía incapaz de toda resistencia.

Es tal el corazón de la mujer que no puede aborrecer al autor de su desgracia: por el contrario, esto la estrecha más y la subyuga.

Si Gómez hubiera ofrecido á Salomé una felicidad deslumbradora, Salomé se hubiera sentido capaz de desdeñarla; pero Gómez era el autor de su desgracia, y esta contemplación engendraba en su alma el sentimiento que ella confundía con el amor.

Fluctuando entre un marido justamente indignado y un amante decidido á arrostrarlo todo por ella, teniendo además la conciencia de una falta irreparable, prefería

huír de la cólera del marido á arrostrar la del amante.

Su propia falta era de tal naturaleza, que la colocaba en una pendiente en la que no podía ni rehabilitarse ni retroceder.

Gómez, por su parte, acostumbrado á no dominar sus instintos, se dejaba llevar por aquel amor, echándose en cara la debilidad con que hasta entonces había obrado; de manera que en el momento en que lo vemos hablar con Salomé, está enteramente resuelto á llevar á cabo el rapto proyectado.

La conferencia aquella noche fué más larga que de costumbre, al grado que el Pájaro daba, por primera vez, á los diablos su misión de acompañante, y por su parte estaba también resuelto á que aquella situación no se prolongase.

Los dos compadres, atisbando cada uno por su tronera, pues don Máximo había tenido tiempo de hacer la suya, se habían enterado de la situación á pesar de haber perdido la mayor parte de las palabras que los amantes se decían muy por lo bajo.

Por fin, Salomé consintió en que á la noche siguiente á la hora de costumbre, en vez de asomarse á la ventana abriría la puerta.

Gómez se despidió ofreciendo estar puntual á la siguiente cita, que sería la última, y los dos compadres dieron fé de esta despedida y se retiraron á su habitación.

La ocasión era propicia para Salomé, porque su marido estaba ausente, y hasta entonces no se había apercibido de la infidelidad de Salomé.

Cuando ésta volvió á su habitación se entregó de lleno á sus reflexiones.

—Esto no tiene remedio, pensaba, yo no debo vivir al lado de un hombre á quien engaño; yo no podré ocultar mi falta, no; ni quiero ocultarla; yo no he sido dueña de mí; Gómez me fascina, juega con mi albedrío, con mi fé, con mi resistencia; hay en él algo que me atrae como el fondo del abismo.... sí, estaba escrito que debía pertenecerle.

Robusteciendo más y más su resolución se dispuso á hacer sus preparativos; no

sabía qué era lo que había de dejar en aquella casa que no había de volver á ver nunca, y le parecía cometer un robo al pensar en llevar algo de lo que le perteneciera.

Quemó algunos papeles y dió su última mirada á todos los objetos que le eran queridos, á todas esas pequeñas chucherías que forman el museo de algunas mujeres.

Vió su corona de azahares, la corona nupcial, y la cubrió inmediatamente, como si aquel emblema de pureza le lanzara un reproche por sus liviandades posteriores.

¡Cuánto sufrió Salomé! solo en el corazón de una mujer cabe esa minuciosa y amarga despedida subdividida en mil pequeños objetos, en mil complicados y pueriles recuerdos, en mil delicadas y sutiles vacilaciones.

Pero lo que había de notable en el estado moral de Salomé, era que su resolución no dimanaba del entusiasmo que inspira una pasión: no había en Salomé el alborozo de la mujer amada que va á realizar sus sueños de felicidad y á indemnizarse de sus angus-

tias, nó; en Salomé había la fascinación del suicida, el capricho sostenido por una idea pertinaz y sin solución; y en todo ello un fondo de despecho que lejos de sonreír temblaba ante un porvenir que por intuición se figuraba negro y triste.

No pudo en toda la noche conciliar el sueño; las horas se habían precipitado unas tras otras con la festinación de sus ideas arastradas por aquel torbellino que la impelía con la fuerza de un destino irresistible.

Tenía Salomé una criada de confianza, según hemos visto: Gertrudis. Esta criada en quien el marido de Salomé depositaba toda su confianza, había criado á Salomé y no se había separado nunca de su lado: la vió nacer, la alimentó, la vió crecer, la vió casarse, y ahora la estaba viendo tal vez por la vez postrera.

La presencia de Gertrudis fué para Salomé tal vez el más serio de los reproches. Gertrudis la quería tanto, que al día siguiente se moriría de pena la pobre anciana al saber que su hija había desaparecido para siempre.

Casi estuvo Salomé á punto de arrepentirse, y sintiendo que vacilaba se decidió á no ver más á Gertrudis en el día.

Las horas le parecían eternas, y cada uno de los objetos que contemplaba Salomé, parecían decirle adios con una tristeza indecible; de manera que procuraba no fijarse en nada que pudiera influir en debilitar sus resoluciones, pues necesitaba de todas sus fuerzas para cometer una acción no menos reprobable que su primera falta, pero que ella consideraba como consecuencia precisa de su destino!

Los dos compadres estaban abismados y sin saber qué partido tomar.

—¿Sabe usted, compadre, que el caso es bastante comprometido?

—¡Pues ya se ve que lo es!

—¿Impedimos el rapto?

—¿Pero con qué derecho?

—¡Toma! con el de amigos del marido.

¿Me comprende usted?

—¿Pero cómo impedirlo sin hacer un escándalo, sin deshonrarlo previamente, sin

tener que dar parte á la autoridad, sin hacer público el hecho?

—Y luego, agregaba el otro compadre, ¿si nos ha parecido, si no es un rapto lo que el ginete pretende?

—No, compadre, en cuanto á eso, yo estoy cierto que lo que es rapto.... en fin, yo estoy seguro: ya sabe V. que yo tengo mucho mundo, y lo que á mí me da en el corazón ¡jure V. que sale, compadre!

—Pues V. dirá lo que será bueno hacer, porque si por otra parte nos conformamos con ser simples espectadores, nos convertiremos en cómplices, y entonces sí tendremos que echarnos en cara con respecto á nuestra amistad con el marido.

—Eso es muy cierto.

D. Máximo y D. Antonio pasaron también la noche en vacilaciones, y á la madrugada los venció el sueño sin haber podido encontrar una solución á aquel enigma.

Pero llegó el día y se hacía preciso tomar una resolución, y D. Antonio, sin pensarlo más, se dirigió á la casa del prefecto.

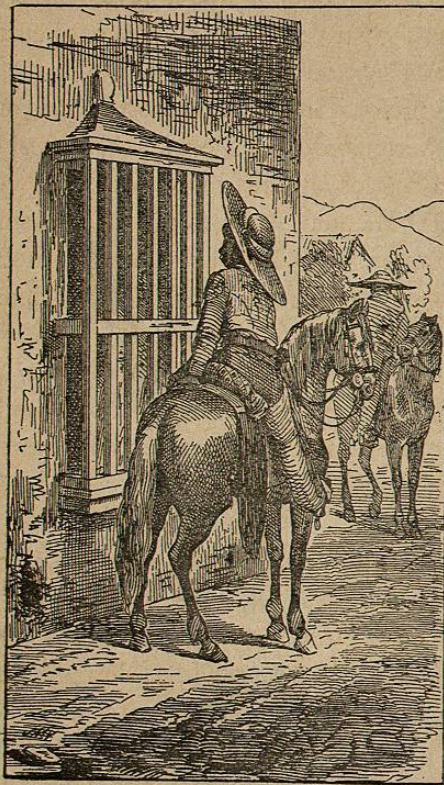
Solicitó tener con la autoridad una conferencia secreta en la que le reveló sus sospechas, y por vía de consulta le contó cuanto sabía sobre el particular.

Al prefecto le ocurrió emboscar una ronda al término de la calle para cortarles la retirada á los raptores, disponiendo á la vez que D. Máximo, D. Antonio y él mismo estarían en acecho, y en el momento de entrar los dos ginetes en la calle consabida, rodearlos y apoderarse de ellos.

Estas disposiciones se tomaron con el mayor sigilo, y al Jefe de la ronda se le dijo que se trataba de capturar á dos *mañosos* recomendados por exhorto recibido en el juzgado.

Todo se dispuso convenientemente, y los diversos actores de la escena que iba á pasar en la noche, se disponían cada uno por su parte á verla realizada de muy distinto modo de como iba á pasar.

Gómez tenía á su disposición tres magníficos caballos, y ya había tomado sus medidas para huír con su prenda á lugar seguro.



LOS GINETES MISTERIOSOS.

El Pájaro se felicitaba porque llegaban á tener término las excursiones nocturnas, en que se fastidiaba soberanamente.

Los compadres y el prefecto pensaban que iban á dar un golpe maestro, y Salomé estaba segura de que su destino estaba fijado.

En tanto llegó la noche y cada uno se preparó para el lance, esperando con impaciencia las once y media que era la hora crítica.

El prefecto y los dos compadres, armados hasta los dientes y bien embozados, se apostaron á respetuosa distancia de la ventana de la casa de Salomé, y la ronda, oculta en una casita de las orillas del pueblo, esperaba dormida, casi en su totalidad, las órdenes de su Jefe; pues ninguno había comprendido la causa de que la ronda se hubiese hecho aquella noche encerrados en una casa, en vez de recorrer la población como lo hacían siempre.

Pero como es obligación del soldado callar y obedecer, los rondadores se acomodo-

daron con facilidad á la idea de esperar acostados mejor que andando.

Dieron las once, y Salomé no pudo contener sus lágrimas al ver dormida á Gertrudis; dirigió todavía una última mirada á su habitación, y se dirigió al desierto departamento de los macheros, llevando en la mano la llave de la puerta que le iba pareciendo á Salomé la llave del cementerio.

Se sentó tras de la ventana sin abrirla y sólo poniendo el oído atento á las pisadas de los caballos; pero ningún ruido se percibía, á excepción de los aullidos lejanos de un perro.

Un perro, el animal doméstico, el festivo y leal compañero del hombre, tiene á veces una manera de contarle á la noche sus desgracias, que hace estremecer de horror al que lo escucha.

En efecto, ¿qué ecos más lastimeros y profundos que los de uno de esos perros vagabundos que en la mitad de una noche sombría, levantan la cabeza en ademán de

angustia y lanzan el prolongado gemido de un dolor que nadie comprende?

Aullidos de esta naturaleza eran los únicos que de vez en cuando turbaban el silencio de la noche.

Dieron las doce y los ginetes no parecían: aquella tardanza estaba produciendo en los ánimos un viva impresión.

Salomé, por su parte, estaba tan conmovida que había perdido la idea del tiempo transcurrido; aún le parecía que se había adelantado á la hora de la cita.

El prefecto comenzó á dudar de la veracidad de los compadres y á temer que éstos hubieran procedido con ligereza.

D. Antonio pensaba que tal vez el raptor sería persona de la población y que había tenido tiempo de saber que se le preparaba una emboscada, y había prescindido, por aquella noche, de poner en ejecución el plan proyectado.

Sea de ello lo que fuere, el caso es que en dudas y conjeturas dió la una, y los raptos no parecían; el encargado de la ronda

se fastidiaba esperando la ocasión de atacar al enemigo que no daba señales de vida.

Por fin, á eso de las dos y media de la mañana, el prefecto y los compadres decidieron recoger la ronda y esperar otra oportunidad.

Salomé permaneció tras de la ventana toda la noche, y al notar que el día despuntaba ya, se retiró á su habitación, no sabiendo á qué atribuir aquella extraña desaparición de Gómez.



CAPÍTULO IX.

DON MÁXIMO NO ABANDONA EL GRAVE
PROYECTO DE AVERIGUAR
LO QUE PASA.

PASARON seis meses sin que los dos compadres volvieran á ver á los ginetes misteriosos; el prefecto tuvo á solemne embuste la denuncia, aunque los compadres habían visto con sus propios ojos á los ginetes, habían oído hablar á Gómez con Salomé, y no les cabía la menor duda de que se trataba de un rapto.

Los dos compadres entraron en sosiego por algunos días en materia de espionaje y